

bitantes, y conservan las extravagantes maneras de vestir, de muchos siglos atrás. Pasamos rozando por una serie de pequeños pueblos ocultos que nos advertían su presencia alzando por encima de los diques el dedo de hierro de sus campanarios, y llegamos, por último, á Harlingen, la segunda capital de la Frisia, todavía iluminada por los últimos rayos del sol poniente.

LA FRISIA.

Mientras el barco se aproximaba para desembarcar, me acordé de lo que me sucediera en Alkmaar, y para evitar el encontrarme en idénticas condiciones en Harlingen, para donde no tenía ninguna carta de recomendacion... me turbé.

Y tenía razon para turbarme; porque de la lengua frisona, que es una mezcla de holandés, dinamarqués y viejo sajón, casi incomprendible á los mismos holandeses, no comprendía ni una sola palabra; y sabía por añadidura que en la Frisia apenas hay quien hable francés. Preparéme, pues, con melancólica resignacion á gesticular, provocando la risa de la gente, dejándome conducir como un chico; y me puse á buscar con la vista, en medio del tropel de mozos de cuerda y de muchachos que esperaban los pasajeros en la orilla para asaltarlos, una cara más humana que las otras, á la cual confiar mi maleta y recomendar mi vida.

Antes que hubiese encontrado esta cara, el barco se paró y bajé.

Mientras estaba dudando sobre cuál elegir de los característicos frisonos que querían posesionarse de mi persona, sentí susurrar á mi oído una palabra que hizo que se me revolviere la sangre en el cuerpo: ¡mi nombre! Volvíme como si me hubiese sentido llamar por un espectro, y ví un señor jóven que, sonriendo al contemplar mi rostro con tal aire de admiracion, me repitió en francés: —¿Es Vd. el Sr. D. Fulano de Tal?—Servidor de usted—respondí,—ó al ménos, me parece serlo; porque, á decir verdad, de tal modo me ha llamado la atencion el ser conocido por Vd., que casi dudo de mi identidad. ¿Qué prodigio es este?

El prodigio era sencillísimo. Un amigo mio de Amsterdam, que me había acompañado al puerto, telegrafió apenas partido el buque á otro amigo suyo de Harlingen, rogándole que fuese á esperar á un extranjero alto, moreno, con un gabán color de chocolate, el cual llegaría á la tarde, y tendría gran necesidad de un intérprete y gran deseo de un compañero. Todos mis camaradas de viaje eran rubios, y el amigo del amigo me había reconocido inmediatamente, viniendo á sacarme del atolladero.

Si hubiese tenido en el bolsillo un collar de la Anunziata ó el Toison de Oro, se lo habría arrojado al cuello. No teniéndolo, le manifesté mi pro-

funda gratitud con un diluvio de palabras que lo hicieron permanecer atónito, como diría el marqués Colombi, *sin poder atribuir*, despues de las cuales entramos en la ciudad, donde no pensaba pasar sino pocas horas.

Grandes canales llenos de embarcaciones; anchas calles flanqueadas por pequeñas casas pintarrachadas y límpias; poquísima gente fuera de la casas; profundo silencio y un no sé qué de paz melancólica que hace pensar en mil cosas lejanas, tal es Harlingen, ciudad de unos diez mil habitantes, fundada cerca del lugar donde antiguamente se hallaba un pueblo que el mar destruyó el año 1134. Dí una vuelta por las calles, mi compañero me condujo á ver los diques, sin los cuales la ciudad habría sido sumergida cien veces, puesto que todo aquel pedazo de costa se halla expuesto, más que ningun otro, á las corrientes y á las olas del alto mar. Los diques hállanse formados por dos filas de altas palafitas, unidas entre sí por grandes troncos trasversales, revestidos con grandes clavos de cabeza aplastada que las preservan de los pequeños animales marinos que destruyen la madera. Entre estas palafitas hay vigas enormes clavadas á gran profundidad en la arena, unas al lado de otras, y detrás una muralla de masas ciclópeas de granito rojo traído de las provincias de la Drenta; y tras la muralla todavía, una robustísima estacada que bastaría por sí

sola para contener las aguas de un torrente furioso. Sobre estos diques se extiende un camino con árboles, que sirve de paseo público, desde donde se ve el mar, algunas casas de la ciudad y algun palo de buque que sobresale por encima de los techos. Cuando pasábamos, el horizonte estaba todavía ligeramente dorado por el sol poniente, y oscurísimo por la parte opuesta; no se veía ninguna barca en el mar, ni ningún movimiento en el puerto; cuatro muchachas pasarón á nuestro lado del brazo, charlando y riendo; una de ellas se volvió, despues desaparecieron; la luna salió de una densa nube; hacía un viento frio, y paseábamos en silencio.—¿Está Vd. triste?—me preguntó mi compañero.—No tal—respondí;—y sin embargo, lo estaba; ¿por qué? quién lo sabe.

¡Cuánto tiempo ha permanecido en mi mente aquel lugar y aquel instante! Cierro los ojos y veo todo aquel lugar y percibo el olor del mar.

Mi compañero condújome á un *Club*, donde nos entretuvimos hasta la hora de partir el tren para Leuwarde, capital de Frisia. Era el primer frison con el cual había tenido el honor de hablar, y lo estudié. Rubio, tieso, grave, como casi todos los holandeses; pero tenía una mirada extraordinariamente animada; hablaba poco, pero decía aquellas pocas palabras con una rapidez y una fuerza, que dejaban adivinar un carácter más vivo que el de sus compatriotas del otro lado del

Zuiderzee. La conversacion recayó sobre la antigua Frisia y sobre la antigua Roma, y estuvo amenísimo, puesto que habiendo él empezado á hablar de los acontecimientos de aquellos tiempos con extraordinaria seriedad, como de casos ocurridos hace pocos años, yo le dí cordelejo—como decirse suele,—y acabamos por hablar como si él fuera un frison de los tiempos de Olennio y yo un romano de los tiempos de Tiberio, desempeñando cada cual el papel de abogado de su antiguo país.

Yo le echaba en cara los soldados romanos crucificados, y él me respondía tímidamente que los provocadores habíamos sido nosotros, porque mientras nos contentamos con sacar el tributo impuesto por Druso, y consistente aunque fuese en cueros, no nos habían rehusado nada; y si despues se rebelaron, lo hicieron porque Olennio no se contentaba ya con los cueros, y quería bueyes, campos, muchachos y mujeres, y esto ya era quererlos deshonorar y asesinar.—"*Pacem exuere*—dice el mismo Tácito,—*nostra magis avaritia quam obsequii impatientes*; y añade que Druso nos había impuesto un pequeño tributo porque éramos pobres, *pro angustia rerum*. Y si á los pobres robábais bueyes y tierras, ¿qué haríais con los ricos?

Cuando advertí que se sabía á Tácito de memoria, me batí en retirada y le pregunté amisto-

samente si por las injusticias de mis antepasados me guardaba algun rencor.—¡Oh, señor!—me contestó alargándome una mano y como si yo le hubiese hecho en serio aquella pregunta—ni por soñacion siquiera.—O mucho me equivoco—dije para mi colete—ó de esta ingenuidad no queda semilla en nuestros países. Y no podía dejar de mirarlo; ¡tan diferente de lo que yo soy me parecía este hombre!

Estuvimos juntos hasta la noche, y me acompañó á la estacion del ferro-carril, proponiéndose ir luego á un concierto. ¡En aquella pequeña ciudad de marineros, de pescadores y de comerciantes en manteca, un concierto dado por cuatro artistas, dos alemanes y dos italianos, hechos venir expresamente de El Haya para tocar un par de horas por 250 florines!.. ¡Dónde se verificaría este concierto en una ciudad como Harlingen de casas liliputienses, no podía llegar á comprenderlo sino suponiendo que los músicos estuviesen en una casa y el auditorio en la calle! por lo cual pedí una explicacion á mi compañero:—Hay una casa bastante grande—me respondió.—¡Una!—pensé para mis adentros. ¡Y dónde estará este coloso que no lo he visto?

Atravesamos dos ó tres calles semi-oscuras, pero un poco más animadas que dos horas antes, y llegamos á la estacion.—«No nos volveremos á ver más,» me dijo aquel franco y simpático frison

estrechándome la mano.—«Probablemente jamás nos volveremos á encontrar,» respondí. Estuvimos mirándonos fijamente algun tiempo y despues nos estrechamos la mano con este sencillo y triste saludo: «Adios» y nos separamos.

El se fué al concierto y yo partí para el interior de la Frisia.

La Frisia es toda ella una llanura, de terreno mezclado de arena, arcilla y turba, baja por todas partes y en especialidad hácia Poniente, donde no pocas veces á fines de otoño las aguas del mar se esparcen en grandes extensiones. Hay muchísimos lagos que forman como una cadena á través de toda la provincia, desde la ciudad de Stavoren hasta la ciudad de Dokkum. La campiña se halla cubierta de vastísimas praderas y surcada en todas direcciones por anchos canales, á lo largo de los cuales pacen nueve meses del año innumerables ganados, sin que los guarden pastores ni perros. A lo largo del mar del Norte se encuentran pequeños altos, llamados *terpen*, levantados por los antiguos habitantes para refugiarse con los rebaños al subir las mareas; y sobre algunas de estas lomas artificiales se han fabricado pequeños caseríos. Otros pueblecillos y ciudades se han construido sobre palafitas en tierras conquistadas poco á poco al mar. La provincia tiene doscientas setenta y dos mil hectáreas, que obtienen no solo sustento, sino hasta riqueza, con el co-

mercio de la manteca, del queso, del pescado y de las torbas de los buques, y se comunican entre sí por canales y lagos.

Pocos árboles ocultan las casas de campo y las aldeas; alguna vela de buque, bandadas de aves marinas y terrestres, y bellísimas reses que salpican de infinitas manchas negras y blancas el verde del campo, son las únicas cosas que atraen la vista en aquella vasta llanura, de donde se desprende casi constantemente un velo de vapores blancos que oculta los últimos confines. El hombre, que en aquel país ha hecho todo, no se le ve por ninguna parte, y parece un país en el cual el agua vive y trabaja por sí, estando la tierra poseída y habitada solo por los animales.

Llegué á Leuwarde de noche, y encontré por mi buena estrella un albergue donde se hablaba francés.

Por la mañana temprano, cuando acaso no habría cien personas levantadas en el pueblo, salí y me eché á andar por las calles desiertas, bajo una lluvia lenta y diminuta que calaba hasta los huesos.

Leuwarde presenta el aspecto de una gran población. Las calles son casi todas espaciosas y recorridas por anchos canales, flanqueados por casas extraordinariamente pequeñas de color de rosa, de lila, de ceniza, de verde claro, de todos los colores de Broek. Los canales interiores se comuni-

can con los exteriores, que se extienden á lo largo de las murallas de la ciudad, enlazándose á su vez con otros canales que conducen á los pueblos y ciudades vecinas. Hay plazas y encrujadas propias de las grandes capitales que resultan todavía mayores por la pequeñez de las casas, en muchísimas de las cuales las ventanas están á un palmo del suelo y tocan casi el techo con la parte superior. Por largos trechos de camino, si se amontonasen todas juntas las casas, no se conseguiría formar un edificio del tamaño ordinario. Parece una ciudad antiquísima, primitiva, fundada por un pueblo de pescadores y de pastores y restaurada, pintada y elegantizada poco á poco.

Mas, sin embargo, los hermosos puentes, las ricas tiendas, las ventanas adornadas, su aspecto general, tiene algo tan exótico para un europeo del Mediodía, que le hace parecer extraño que los habitantes usen levita y sombrero de copa como nosotros. De todas las ciudades del país neerlandés, es ésta aquella en la que un italiano se siente más alejado de su patria.

Las calles estaban desiertas, todas las puertas cerradas; creía errar por una ciudad abandonada y desconocida y descubierta por mí. Miraba aquellas extrañas casitas, y decía maravillándome que también allí dentro debían existir señoras elegantes, y pianos, y libros, y hasta yo había vis-

to mapas de Italia y fotografías de Florencia y Roma.

Paseando de calle en calle pasé delante del antiguo Castillo de los Gobernadores de la Frisia, de la casa de Nassau Diez, antepasados de la familia reinante de Orange; descubrí una curiosísima prision, un palacio blanco y encarnado, coronado por altísimo techo y decorado con columnitas y estátuas que le dan aspecto de quinta de Príncipe; y por último, dí conmigo en una gran plaza donde ví una vieja torre de ladrillos, á los piés de la cual se dice que hace quinientos años llegaron las aguas del mar y que ahora se encuentra alejada de las ondas más de diez millas. De aquí, pasando por otras calles limpias como salones en medio de dos filas de casas, de las cuales tocaba los aleros de los tejados con la sombrilla, volví hácia el centro de la ciudad.

En todo mi camino no había visto más mujeres que alguna que otra vieja asomada á la ventana consultando el tiempo, y mis lectores pueden imaginar cuánto me picaría la curiosidad por ver las otras, aunque no solo por su célebre belleza cuanto por contemplar el rarísimo sombrero que usan, y del cual había oído hablar tantas veces, y leído descripciones y encontrado retratos en todas las ciudades de Holanda. La noche antes, al llegar á Leuwarde, había visto en alguna esquina tal cual cabeza de mujer que brillaba extra-

ordinariamente, pero al paso y casi sin reparar en ello. Debiendo ser muy otra cosa ver el bello sexo de la capital de Frisia en pleno día y á mis anchas. ¿Pero cómo quitarme de encima esta curiosidad? El cielo prometía lluvia para todo el día, y las mujeres probablemente se quedarían en casa, debiendo yo esperar tal vez hasta el siguiente, devorado por la impaciencia.

Por fortuna me vino á las mientes una de esas ideas luminosas que en las grandes ocasiones se presentan hasta en los más pequeños cerebros. Al ver pasar un músico de la Guardia nacional con un gran plumero en el morrion y el instrumento debajo del brazo, me acordé que era el aniversario del natalicio del Rey de Holanda, y pensé que debía reunirse la banda de música para recorrer la ciudad, por lo cual podrían verse por donde pasase dicha banda militar las mujeres, y yo no perdería ni una si me colocaba delante del director, como los pilluelos que acompañan á los regimientos saltando delante de los gastadores ó del tambor mayor.

Y diciendo para mis adentros—¡bravo!—y cantando la arieta de *El barbero de Sevilla*: "*Che invenzione prelibata*," eché á andar detrás del músico. Llegamos á la gran plaza donde la Guardia nacional se reunía intrépidamente recibiendo una lluvia no interrumpida de esa que cala hasta los huesos, en medio de un centenar de curiosos; en

pocos minutos el batallón estaba formado; el comandante lanzó un grito estridente; la banda sopló en los instrumentos, y la columna se movió hacia el centro de la ciudad.

¡Yo iba al lado del tambor mayor, y era feliz!

Se abrieron las ventanas de las primeras casas que encontramos, asomándose algunas mujeres con la cabeza reluciente por el brillo de la plata, como si estuviesen cubiertas con el antiguo yelmo; y tenían, con efecto, dos láminas de plata en la cabeza, que ocultaban por completo el cabello, cubriendo una parte de frente y oprimiendo todo el volumen de la cabeza como un casco de guerrero. Un poco más adelante, divisé otras mujeres con cascos de plata y con cascos de oro. El batallón desembocó en una de las calles principales, y entonces sobre todas las puertas, en todas las ventanas, en las esquinas, en los cristales de las tiendas, tras las cancelas de los jardines, aparecieron discos auríferos y argentados, grandes y pequeños, con velo y sin él, tersos y fulgurantes como celadas de armería. Madres en medio de un pelotón de hijas todas encasquetadas; viejas con casco; criadas con la cacerola en la mano y el casco en la cabeza; señoritas que se habían levantado del piano en aquel momento con su casco correspondiente; Leuwarde, en suma, parecía un inmenso cuartel de coraceros imberbes ó afeitados, una metrópoli de reinas destronadas,

una ciudad donde toda la población se preparaba á una gran mascarada de la Edad Media. No puedo decir el estupor y el placer que experimentaba contemplando aquel espectáculo. Cada nuevo casco que veía me parecía el primero, y reía al propio tiempo que de seguro se reían de mí el tambor mayor y los pilluelos que iban á mi lado. Todos aquellos cascos abrillantaban con reflejos dorados y plateados los vidrios de las ventanas y las puertas barnizadas, é iluminaban confusamente con su cabrilleo la oscuridad de las estancias semi-abiertas del piso bajo; aparecían y desaparecían relampagueando detrás de las cortinas y de los transparentes y por entre las flores de los alfeizares. Al pasar yo al lado de las muchachas que se hallaban paradas en las aceras de las calles, apretaba el paso con objeto de percibir los reflejos metálicos, y al llegar miraba los árboles reflejados en sus cascos, y las tiendas, las ventanas, el cielo, la Guardia ciudadana y hasta mi cara, como en un espejo.

En medio de todas estas cabezas amablemente terribles, sobre las cuales no se percibía un solo rizo, yo, con el sombrero de copa y la melena larga, me creía un hombre despreciable, al cual de un momento á otro una de aquellas austeras frisonas debía ofrecer por escarnio el huso y la rueca. ¿Pero qué expedición proyectan todas estas mujeres!—me preguntaba.—¿A quién quieren decla-

rar la guerra? ¿A quién pretenden atemorizar? A cada instante presenciaba alguna escena curiosa. Un muchacho, por hacer rabiar á una chiquilla, le empañaba el casco con el aliento, y ella se afanaba por volverlo á poner brillante con las mangas de su corpiño, prorrumpiendo en invectivas, como un soldado al cual el compañero ensúcia alguna parte de su armamento antes de empezar la revista de policía. Un jovencillo, desde una ventana, tocaba con la punta de su baston el casco de una chiquilla asomada á la ventana vecina; el casco resonaba y los que estaban próximos se volvían al oír el ruido, mientras que la muchacha se ponía encarnada como la grana y se retiraba adentro. Allá en el fondo de un corredor se distinguía á una criada que se calaba el casco mirándose en el de una compañera galantemente inclinada para servirle de espejo. En el átrio de una casa que debía ser colegio, habia unas cincuenta muchachas, todas con su casco correspondiente, ordenándose en fila de dos en dos, en silencio, como un piquete de guerreros que se prepara para hacer una salida contra el pueblo sublevado. Y en cada nueva calle que la banda enfilaba, pululaban por todas partes, como al reclamo de guerra, nuevas legiones de aquel ejército extravagante y gentil.

Al principio, tan absorto estaba en la contemplacion de los cascos, que casi no habia repa-

rado aún en los rostros de aquellas frisonas que tienen fama de ser las mujeres más hermosas de los Países Bajos, descendiendo en línea recta de las antiguas sirenas del mar del Norte, y que han puesto en peligro cien veces la formalidad del gran Canciller del Imperio germánico, el cual no debe ser de naturaleza demasiado excitable. Pasada la primera impresion de los cascos, me dediqué á considerar las personas; y debo decir que ví, como en todas partes, poquísimas bellas, pero éstas dignas verdaderamente de la fama. La mayor parte son mujeres altas, anchas de espalda, rubias, blancas, derechas como palmeras y graves como antiguas sacerdotisas; algunas de manos y piés muy pequeños, y á pesar de su gravedad, sonrientes, con una expresion de dulzura que parece reflejo lejano de sus fabulosas progenitoras. El yelmo de plata, que oprimiendo y escondiendo sus cabellos las priva del más hermoso adorno de la belleza, les otorga en cambio la facilidad de mostrar la noble forma de sus cabezas, dándole á su cara blancos y azules resplandores de una delicadeza inexplicable. En la apariéncia, ni siquiera tienen sombra de coquetería.

Me quedaba, sin embargo, una gran curiosidad y era ver de cerca una de aquellas hermosas cabezas armada de celada, y saber cómo se colocaban estos yelmos y cómo se hallaban contruidos.

Al efecto, era portador yo de una carta de recomendación para una familia de Leuwarde y la presenté, siendo recibido cortesmente en una linda casa colocada á la orilla de un canal; y apenas cambiados los primeros saludos, pedí que deseaba ver un casco, cuya demanda fué recibida por mis huéspedes con una gran carcajada. Pues es de saber que aquella es la primera petición y la primera pregunta que todos los extranjeros hacen al arribar á la Frisia. Por toda respuesta, la dueña de la casa, una señora culta y muy galante que hablaba perfectamente francés, tiró del cordoncillo de la campanilla y apareció una criada con casco dorado y vestida de color de lila, á la cual le hizo seña de que llegase hasta nosotros. Era alta como un granadero, robusta como un atleta, blanca como un ángel y orgullosa como una princesa. Comprendió en el acto de qué se trataba, y se colocó delante de mí con la cabeza alta y los ojos bajos.

La señora me dijo que se llamaba Sofía, que tenía diez y ocho años, y que su novio le había regalado el casco. Pregunté de qué metal era, y la señora, admirándose de mi pregunta, me contestó con el tono más natural del mundo:

—¡Pues de oro!

—¿De oro?—exclamé.—Dispense Vd., pero deseo saber cuánto cuesta.

La señora preguntó en lengua frisona á Sofía,

y despues dirigiéndose á mí, añadió: le ha costado sin los alfileres y la cadenilla trescientos florines.

—¡Seiscientas pesetas!—repuse.—Dispense usted de nuevo, pero desearía saber la profesion del novio.

—Leñador—me contestó.

—¡Leñador!—repetí asombrado,—y pensé en el acto en el volúmen del libro que habría yo tenido necesidad de escribir para poder vencer en generosidad á aquel leñador.

—No todas tienen el casco de oro—añadió la señora.—Los novios que cuentan con poco dinero lo regalan de plata. Las mujeres y las chicas pobres lo usan de metal dorado ó de plata muy delgada, que cuesta pocos florines. Mas la grande ambicion está en tener uno de oro, y con tal objeto se trabaja y se ahorra por espacio de años enteros. Y si además debiese yo hablar á Vd. de los celos y disgustos que hay entre las que lo usan bueno y lo usan malo, entre la cocinera que lo tiene de plata y la camarera que lo posee de oro, sería cuento de nunca acabar.

Interrogué si lo usaban tambien las señoras, y me dijo que ya no le llevaban sino muy contadas, pero que todas, hasta las hijas de las primeras familias, se acordaban de habérselo visto á sus abuelas y á sus madres, y eran cascos cincelados y adornados de piedras preciosas y diamantes, que

costaban un sentido. Antiguamente, no obstante, no se llevaban cascos, sino solo una especie de diademas muy delgadas de plata ó hierro sin adornos, las cuales poco á poco se fueron agrandando hasta cubrir toda la parte anterior de la cabeza. Ahora, como todas las modas que empiezan á decaer cuando llegan á la exajeracion, el casco tambien decae. A las mujeres principia á escocerles el no poder lucir sus hermosas cabezas rubias, y además de esto, el casco produce el triste resultado de precipitar la calvicie, hasta el punto que muchas mujeres todavía jóvenes y frescas, tienen calvas que meten miedo. Los médicos, por su parte, aseguran que aquella continua presión sobre la cabeza hace daño al seno, y afirman que detiene el desarrollo del pecho; lo cual no es difícil de creer, visto el poco desenvolvimiento de esta parte en las mujeres frisonas, á pesar de ser robustas y gruesas, y que sin embargo, apenas si se nota en aquel sitio un ligerísimo relieve, cuando tan hermoso es ostentar una curva atrevida. Todas estas razones han inducido hace años á muchas señoras de la provincia de Groninga, donde se halla en uso todavía aquel cubre-cabezas, á formar una especie de propaganda contra el casco, dando ellas las primeras el ejemplo. Y muchas aceptan la nueva moda. Trascorrirán, sin embargo, muchos años antes que todos los cascos desaparezcan. Las criadas, las aldeanas y la mayor parte de las mujeres

de la clase media todavía lo usan. Porque en esto como en todo, hay su pró y su contra; y aunque éste gana terreno, es lenta su obra, y aquel se defiende obstinadamente.

Deseaba ver el casco de Sofía, pero estaba cubierto con el velo de costumbre y no me atrevía á rogarle que se lo quitara.

Cogí la punta del velo, indicando la palabra con el ademán. La señora, traduciendo la respuesta de la muchacha, me contestó:

—Puede Vd. levantarlo.

¡Dios del cielo, qué blancura! Comparé aquel cuello descubierto con el velo que tenía en la mano, y me quedé dudando sobre qué era más blanco.

El casco de Sofía era muy distinto de los que había visto de plata por las calles; aún más, no conviene á los de oro el nombre de cascos, porque si bien presentan al ser mirados de frente el aspecto de tales, no tienen, sin embargo, en realidad igual forma. Están formados por dos láminas casi circulares, unidas por un cerquillo flexible de metal que pasa por detrás de la nuca, y se halla adornado el conjunto por dos grandes botones cincelados que aparecen en las sienes. Estas dos láminas no cubren sino la parte anterior de la cabeza. Los cascos de oro, por el contrario, son una gran lámina circular que abraza toda la cabeza, excepto la nuca, y se alarga todavía hasta la extremidad,